

JOAQUIN FERNANDEZ DE CORDOBA

Nació en Morelia, Michoacán, el 30 de mayo de 1913. Murió en México el 18 de octubre de 1977.

Periodista, bibliógrafo e historiador. Se ocupó, con riguroso cuidado, de temas relativos a su provincia y a la bibliografía histórica de México, así como a otros referentes a la historia republicana, como los siguientes: *Verdadero origen de la imprenta en Morelia* (1946); *Verdadero origen de la imprenta en Morelia. Reproducción en facsímil de los primeros impresos vallisoletanos de 1821* (1949); *Nuevos documentos para la historia de la imprenta en Morelia. Impresores e impresos morelianos del siglo XIX. Estudio crítico* (1943); *Fichas inéditas para la bibliografía de la imprenta en Morelia* (1947); *Tres impresos en lengua tarasca del siglo XIX* (1944); *Tesoros bibliográficos de México en los Estados Unidos* (1961); editor de la *Gramática de la lengua tarasca de fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera (1803-1863)*; *El payo del Rosario*; "El uso del tabaco y de la pipa entre los tarascos prehispánicos"; "Máscaras de la cultura tarasca"; "Los perros precolombinos"; "Sumaria relación de las bibliotecas de Michoacán"; "Notas de bibliografía michoacana"; "La litografía en Morelia en el siglo XIX"; "Michoacán, su historia y sus instrumentos" y "Manuscritos inéditos en lengua tarasca".

Fuente: Joaquín Fernández de Córdoba. *Pablo de Villavicencio. El Payo del Rosario, escritor sinaloense precursor de la Reforma en México*. México, El Libro Perfecto, S. A., 1949. 44 p., facs., p. 7-18.

EL PAYO DEL ROSARIO

Pablo de Villavicencio, más popularmente conocido por su seudónimo de escritor, *El Payo del Rosario*, fue un hijo distinguido de Sinaloa. Nació el 27 de enero de 1792, en el mineral El Rosario, jurisdicción de la antigua provincia de Sonora.

El Real del Rosario, primera población de importancia en el sur de Sinaloa, fue asiento de cajas reales y lugar donde por costumbre los preladados tomaban posesión de su diócesis, aun cuando Arizpe (Sonora) era la sede del obispado.

El *Payo del Rosario*, que nada tenía de payo, fue un mestizo de imaginación viva y ardiente; impetuoso y romántico por temperamento. De origen humilde, de talento natural, ver-

dadero autodidacto, no tuvo estudios de ningún género, porque en el ámbito donde transcurrió su infancia y su juventud, como él mismo confiesa, “no había escuela de primeras letras, y nunca tuve la dicha ni de aprender el *musa musae*, porque mis padres, siendo pobres, no tuvieron facultades para darme estudios, pero siempre fui inclinado a la lectura y no me dejaré jugar las barbas de otro tan tonto como yo”.

Producto del último tercio del siglo XVIII, saturado de prejuicios sociales, políticos y religiosos, vivió en un ambiente en que la riqueza la explotaba para su exclusivo provecho el ávido español, el ibero insaciable, el gachupín altanero, único que tenía acceso a los cargos públicos y a las dignidades eclesiásticas, mientras que al hijo del país no le quedaba más recurso que el de ser peón en los campos, cura en las aldeas, trabajador en las minas, criado doméstico en las casas de la ciudad o lépero en sus calles.

En las postrimerías del régimen colonial, su terruño estaba sujeto a la férula de Fernando Espinosa de los Monteros, jefe de armas, y del irascible obispo fray Bernardo del Espíritu Santo, dos hombres dominadores y voluntariosos que administraban el poder militar, civil y temporal en favor de los españoles —en su mayoría descendientes de conquistadores—, al amparo de la descentralización y lejanía de sus extensos dominios en aquellas latitudes cálidas, despobladas y fabulosas.

Sus primeros pasos en la vida política se encaminaron a proteger en el sur de su solar nativo la gloriosa causa insurgente, y su inicial rasgo de carácter consistió en elevar enérgica protesta, en *El Rosario*, en contra del obispo fray Bernardo del Espíritu Santo, quien al encargarse de su diócesis en el año de 1818, predicó en pro de la dominación española y fustigó a los que la combatían en Sinaloa.

Consumada la independencia, Villavicencio se trasladó a la ciudad de México y, a partir del año de 1822, comenzó a escribir folletos sobre cuestiones políticas, que pronto hicieron posar sobre él la atención pública.

Su prosa es llana, franca, ágil y agresiva. Villavicencio escribió para el pueblo y nadie como él —a excepción de José Joaquín Fernández de Lizardi— logró penetrar tanto en la conciencia de las multitudes, de las que fue su más fiel intérprete. Hasta los mismos títulos de sus impresos, casi siempre rimados, son ingeniosos y atrayentes para el populacho.

Por esa época trabó sólida amistad con *El Pensador Mexi-*

cano, a quien defendió públicamente por medio de sus escritos, con quien sostuvo polémicas y después se reconcilió. Menos instruido y polifacético que Fernández de Lizardi, *El Payo del Rosario* fue más realista, combativo y avanzado que el satírico autor de la primera novela mexicana.

Sus ideas emancipadoras, liberales y republicanas, revelan influencia de corrientes filosóficas y sociales de la revolución francesa, captadas de las obras de Voltaire, de Juan Jacobo Rousseau y de otros enciclopedistas; pero lo que más tarde vino en verdad a definir su posición de lucha en favor de las masas, hasta convertirse en tribuno de la plebe, fue la amistad de José Joaquín Fernández de Lizardi, de Lorenzo de Zavala y de Joel Robert Poinsett, ministro de los Estados Unidos; sus actividades en las filas del partido yorkino y el trato con la culta y extremista parroquia del célebre Café del Sur.

Admirador de los próceres de la insurrección popular de 1810; enemigo de los fueros y privilegios del clero; de la aristocracia española y criolla, opresora secular de las clases desheredadas; antiborbonista y antimonárquico, Villavicencio se convirtió en el más tenaz opositor del Imperio de Iturbide, sobre todo cuando el absolutismo de Agustín I culminó en la persecución de los miembros del Congreso y en la supresión de la libertad de imprenta.

En su folleto intitulado: *O se destruye el Congreso o se lleva el diablo al reyno* (1822), *El Payo del Rosario* da la voz de alerta a los mexicanos, para que sostengan con sus vidas la soberanía del Congreso, amenazada por la tiranía y la conspiración de los frailes.

Su actitud en contra de la política que imperaba en 1824; la combativa postura que adoptó frente al intento centralizador del triunvirato, antagónico a su profunda convicción federalista, y los dos folletos que publicó por esa época: *O se destierra el Coyote o mata nuestras gallinas* y *El hijito del Coyote*, denunciados ante los tribunales como alarmantes y subversivos por pedir la separación de los españoles de los empleos públicos y atacar la garantía de la unión, consignada en el desacreditado Plan de Iguala, fue motivo de injustas persecuciones del poder.

En noviembre de 1825 dio a la estampa un opúsculo hostil al comercio inglés, que le ocasionó su destierro a Acapulco, en donde pasó grandes penurias y serios padecimientos físicos.

Villavicencio nos brinda en uno de sus escritos los pormenores de esa arbitraria aprehensión y confinamiento:

“...Su publicación fue a las seis de la tarde del 19 de noviembre del año pasado (1825) y a las tres de la mañana del 20 fui sorprendido en mi casa de orden del supremo gobierno. A esas horas se me arrancó del seno de mi familia, que entregada al llanto y la desesperación, quedó sin saber cuál era mi destino, y sin saber cuál debía tomar en su orfandad.

Yo salí con la única ropa de dormir que tenía puesta en el cuerpo, y de allí a un rato, sin hacerme un cargo, sin oírme y sin manifestarme el motivo de aquella tropelía, fui entregado a una partida de caballería del 7, compuesta de un oficial un sargento, un corneta, dos cabos y catorce dragones, como si hubiera sido el hombre más facineroso, los cuales me condujeron hasta Acapulco... Entregado que fui en aquel puerto al gobernador, éste me mandó preso al castillo, que es una mazmorra húmeda, insalubre y llena de inmundicias, en donde permanecí con toda seguridad cerca de dos meses hasta que fue el decreto para mi vuelta...”

En otro opúsculo añade algo verdaderamente conmovedor:

“...Entre la infinidad de males que me acarreó mi exiliamiento a Acapulco, no fueron de los menos unos fríos crueles (paludismo), que contrajo mi naturaleza débil en aquellas costas abrasadoras y enfermizas, los cuales aún conservo contra mi gusto, quizá para perpetuar la memoria de mis desgracias y el triste recuerdo de mis infortunios.”

Villavicencio exigió en tono cada vez más violento la expulsión de los españoles, por considerarlos seria amenaza para la autonomía del país, y no poco debió contribuir a exacerbar su ánimo en tal sentido la obstinada resistencia hispana en San Juan de Ulúa; la encíclica del papa León XII contra la independencia de México y en favor de Fernando VII; la conspiración del padre Arenas; los designios de reconquista de la Santa Alianza y la expedición de Barradas.

A su drástico *Plan de desgachupinar si vienen los de la Liga* (1826), duramente impugnado por anónimos libelistas hispanófilos, siguió el folleto: *Si vienen los godos nos cuelgan a todos* (1826), en cuyas páginas, *El Payo del Rosario* arremete con más brío contra los peninsulares.

En 1827 circularon otros papeles antiespañoles, como sus *Comedias para la unión de criollos y gachupines* (1827).

Dos acontecimientos de resonancia política, acaecidos en el mismo año de 1827, contribuyeron a que *El Payo del Rosario* no diera un momento de reposo a su pluma: la abortada conspiración de fray Joaquín Arenas, español de la orden de San Diego, que pretendía restaurar la dominación borbónica en México, y más tarde la insurrección reaccionaria del partido escocés, conocida con el nombre de Plan de Montaña, que encabezó el vicepresidente Bravo. Sobre los primeros sucesos, Villavicencio publicó tres folletos en serie, intitulados: *Testamento del padre Arenas y verdadera noticia de los nuevos aprehendidos por traidores* (1827). Aun cuando Arenas y sus cómplices pagaron con sus vidas esa loca aventura, la tardanza en cumplir el veredicto de los tribunales desencadenó la ira de Villavicencio:

“Este monstruo convicto, confeso y sentenciado, se burla aún de la vindicta pública y tres meses no han sido bastantes para despacharlo...”

El Congreso, urgido por el gobierno, como éste a su vez lo estaba por las sublevaciones y los gritos de la multitud enardecida por los yorkinos, vióse obligado a expedir la *Ley de Ostracismo*, que si bien no satisfizo a los radicales por su benignidad y excepciones, exasperó a los conservadores y moderados.

Los *escoceses*, en cuya nómina se enumeraban varios españoles europeos y los *novenarios*, que con esforzado celo se habían opuesto a la ley de expulsión, resolvieron apelar a las armas para deponer el gobierno y debilitar al partido yorkino, que contaba con una fuerza respetable en el régimen de Victoria. Instrumento de esta coalición conservadora fue el teniente coronel Montaña quien se pronunció en Otumba el 23 de diciembre de 1827, pretextando la depuración del poder público; la extinción de las logias masónicas y el retiro del ministro norteamericano Poinsett, a quien imputaban todos los males que padecía la República.

El Plan de Montaña fue secundado por el propio vicepresidente de la nación, general Nicolás Bravo, escocés de pura cepa y figura principal de ese partido.

Sin gran derramamiento de sangre, el gobierno logró ven-

cer a los facciosos en Tulancingo; sus caudillos, sujetos a proceso, fueron condenados al destierro.

Con este motivo, *El Payo del Rosario* escribió varios folletos de ataque al partido escocés y al general Bravo. Entre ellos sólo citaré dos: *Pascuas del Payo del Rosario a los escoceses y borbonistas* (1828) y *Testamento de don Nicolás Bravo, herencia que deja a los escoceses y novenarios* (1828).

Como en 1828 expiraba el período constitucional de Victoria y en los comicios para reemplazarlo había triunfado sobre la candidatura de Guerrero la del general Manuel Gómez Pedraza, antiguo realista y corifeo del partido escocés al quedar eliminado Bravo, Villavicencio publicó dos furibundos panfletos contra Pedraza, candidato electo y al mismo tiempo secretario de Guerra en el gabinete de Victoria, que se intitulan: *Testamento de la República Mexicana para la presidencia del señor Gómez Pedraza* (1828) y *Viacrucis de los yorkinos en la pasión y muerte de Pedraza* (1828).

En septiembre de 1828, el general Santa Anna se pronunció en Perote, proclamando nula la elección presidencial del general Manuel Gómez Pedraza. La insurrección fue secundada en la capital de la República por el brigadier José María Lobato y el célebre político Lorenzo de Zavala, quienes con su Plan de la Acordada, coadyuvaron a que Victoria accediese a la demanda que le plantearon. Pedraza salió voluntariamente para el extranjero y en su lugar ocupó el poder, aunque en forma electoral, el general Vicente Guerrero, benemérito insurgente y jefe de los yorkinos.

El Payo del Rosario fue el apóstol de esa revolución, por la que trabajó con entusiasmo en unión de su amigo Zavala y de Andrés Quintana Roo.

Durante los primeros meses del gobierno de Guerrero, que principió el primero de abril de 1829, Villavicencio tuvo una posición más desahogada. Apareció entonces su interesantísima serie de folletos en forma de diálogos: *Función de maroma en casa de doña Prudencia de Mendiola*, donde a la vez que hace el panegírico de sus amigos Guerrero y Zavala, tritura con implacable ironía a Múzquiz, Bravo, Pedraza, Carlos María de Bustamante, Rafael Dávila, Francisco Ibar y a otros prominentes personajes de nuestra historia política, que desfilan bajo una lluvia de incisivos epítetos.

Vino después el desacuerdo entre Guerrero y Zavala, que motivó su separación del gabinete y *El Payo del Rosario* pu-

blicó un profético folleto: *¡Pobre del señor Guerrero! para de aquí al mes de enero* (1829). El espíritu de este papel era el de exhortar al presidente a no dejarse adormecer por los que le rodeaban y a decirle que la injusticia hecha con el gobernador del Estado de México amenazaba su próxima caída.

Este opúsculo lo llevó al presidio —por instrucciones del gobernador del Distrito, general José María Tornel y Mendivil—; pero sin intimidarse, desde la cárcel dio a la prensa dos folletos, uno en contra de los españoles y otro en contra de Tornel y Mendivil, este último, escrito en términos virulentos, fue el que le abrió las puertas de la prisión.

Triunfante la rebelión de Jalapa y declarado Guerrero incapaz para gobernar la República, Villavicencio fue designado por el partido yorkino para buscar prosélitos y organizar la oposición al usurpador y desleal Anastasio Bustamante; pero sus trabajos no tuvieron éxito, porque al iniciarlos fue aprehendido en Santiago Tianguistenco y conducido a Toluca, de donde se le trasladó a la cárcel de México.

En la *Representación del Payo del Rosario al Padre Eterno contra las arbitrariedades del comandante general de México, poderoso señor del Universo* (1832), verdadera catilinaria contra la dictadura de Bustamante, Villavicencio nos ofrece un vívido relato acerca de su reclusión en 1830, año en que enmudece su pluma:

“...Contra las iniquidades de los mandarines del usurpador don Anastasio Bustamante, viéndome herrante (sic) y perseguido, sin más culpa que el no haber tomado parte en el *motín glorioso de Jalapa*, ni poder ver a sus valientes inventores, hallándome acosado como una fiera por los galgos de la comandancia general... Que el general don Felipe Códallo, digno instrumento de la tiranía más espantosa, no contento con haber consumado la ruina total de mi familia en un año tres meses que me tuvo aherrojado en los inmundos calabozos de la ex Inquisición, por sospechoso de desafección al actual *desorden de cosas*, se vio precisado a ponerme en libertad por no tener pruebas con que hacerme un cargo...”

Al recobrar su libertad volvió a la palestra con ímpetus renovados, para combatir a la odiosa administración bustamantista. Entre la serie de fascículos que publicó en 1831, sobresalen por su virilidad los siguientes: *A las ilustres víctimas del Sur*, *El Payo del Rosario dedica esta memoria* (1831), es-

crita en donde alude al ignominioso asesinato del general Vicente Guerrero, perpetrado por los sicarios del usurpador; la *Constitución reside en las puntas de las bayonetas...* (1831) y *Culebrina fulminante para el señor Bustamante* (1831).

Poco después se complicó en el movimiento del general Santa Anna, que se había insurreccionado contra Bustamante en Veracruz, en enero de 1832. Villavicencio dio a luz varios folletos incendiarios en contra del gobierno opresor, que contribuyeron al triunfo de las armas libertadoras.

He aquí el severo y exacto juicio de Altamirano, acerca del régimen espurio del despiadado constructor de patibulos, contra quien luchó denodadamente *El Payo del Rosario*.

“Jamás se había visto en la República un despotismo semejante ni se habían hollado los fueros humanos con una prociudad y encarnizamiento tan odioso.”

Villavicencio, acompañando a Zavala, como su secretario, llegó a la ciudad de Toluca a fines de octubre de 1832 y fue en ese lugar en donde escribió sus últimos papeles, que le concitaron nuevos odios y represalias: *Conversación de Don Prudencio con Don Antonio; Viva Santa Anna y que mueran toditos sus enemigos; El Payo del Rosario en los barrios de esta capital; Verdadera noticia de las operaciones del ejército libertador, contra los esclavos del minotauro Bustamante...*

Atacado Zavala en Toluca, por las fuerzas federales a las órdenes del general Mariano Ortiz de la Peña, se organizó en su contra una débil resistencia y, al huir de la población los principales personajes, *El Payo del Rosario* fue comisionado por el gobernador Zavala, para regresar al Palacio y recoger unos papeles de interés que habían quedado olvidados en un escritorio. Cumplido ese propósito, Villavicencio se apresuró a incorporarse con su jefe y amigo, pero por desdicha se encontró con los enemigos en la antigua Calzada de los Arbolitos y al ser reconocido fue cobardemente asesinado en unión de José María Guillén, que lo acompañaba. De esta manera trágica terminó sus días, en plena juventud, el ilustre escritor liberal, que representa y encarna una de las épocas más azarosas del periodismo mexicano.